



LA NOVELA
PARAMOUNT

¡Manos arriba!

Raymond Griffith



25
TS

BADS GER, Clarence



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Núm.

41

PARAMOUNT

25

EDICIONES BISTAGNE

Cts.

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

¡MANOS ARRIBA!

(HANDS UP, 1926)

Divertida comedia, interpretada por

RAYMOND GRIFFITH y MARION NIXON

Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S.

266

IMPRENTA BADIA
Dr. Dou, 14 - Barcelona



¡MANOS ARRIBA!

Argumento de la película

El 10 de junio de 1864, después de la victoria del ejército confederado, en Cold Harbor, el ejército de La Unión se encontró en una situación extremadamente crítica. La Deuda Nacional ascendía a muy cerca de dos millones de dólares y el Gabinete de Lincoln no sabía qué hacer para refniciar la situación.

Reunidos en consejo los principales miembros del país hablaban con el presidente.

—Lincoln, el tesoro está exhausto... Europa se niega a prestar un centavo más... Si no conseguimos dinero estamos perdidos.

Entró en el salón un oficial y Lincoln, con gran interés, se dirigió a su encuentro.

—Qué noticias tiene usted, Pinkerton?

—Sé que de la Mina "Mully", en Nevada, se saca oro en abundancia... Es la mina

más rica del mundo. Si logramos apoderarnos de ella, la Unión tendrá más dinero del que se necesita.

—Y conoces a un hombre a quien confiaré esta misión?

El militar hizo entrar a otro oficial y presentándolo, dijo:

—Señor Presidente... Este es el capitán Eduardo Logan, en quien podéis confiar absolutamente.

—Capitán, el destino de la Unión está en sus manos.

—Confiad en mí. Me haré digno de la patria.

—Así lo esperamos todos. Póngase en seguida en camino y traiga usted mismo el primer cargamento de oro. ¡Que nada le detenga, pues la menor demora podría ser fatal a la Unión!

—Cumpliré como bueno.

Retírose el militar, y Lincoln y Pinkerton se dirigieron hacia los demás consejeros que esperaban ansiosos el resultado de la entrevista.

—Señores, pronto habrán terminado nuestras preocupaciones. Tendremos dinero de sobra.

Y una ráfaga de optimismo sacudió a todos, que esperaban el dinero para proseguir la guerra contra los ejércitos del Sur en la melancólica lucha civil.

Y, entretanto, allá en una cabaña, en pleno

territorio ocupado por los soldados del Sur, un general hablaba con Marck, un oficial del ejército sudista que siempre se había distinguido por su audacia.

Mientras hablaban, los disparos enemigos cruzaban por la barraca, rompiendo los cristales.

—Joven, tengo una comisión muy peligrosa para usted — le dijo el general—. ¿Está usted dispuesto a hacerle cara a la muerte?

Marck sonrió al general y a su ayudante. ¿Es que no estaban ya luchando en aquel momento con la muerte? Tenían que agacharse continuamente... si no... ¡adiós cabeza... que te vas!

—No temo al peligro — respondió riendo.

—En Nevada hay una mina de donde la Unión quiere obtener oro para su ejército.

—Bien...

—Y si Lincoln se apodera de ella, el Sur está perdido.

—Malo... malo!...

—Tiene usted que apoderarse de ese oro o destruirlo.

Seguían cayendo y estallando granadas...

—Haré lo que usted me ordene...

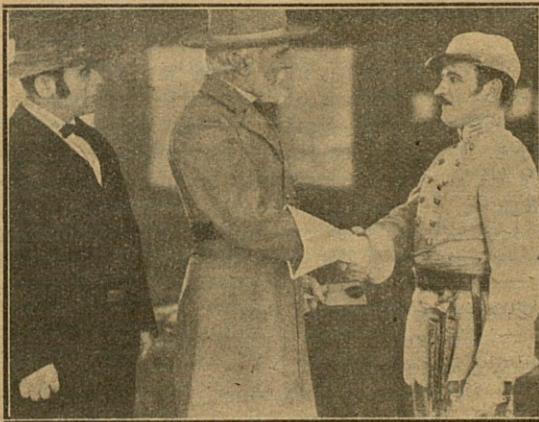
—Apodérese del oro... Muchacho, el destino del Sur está en sus manos.

—Me haré digno de todos — repuso Marck, sonriente—. Y si no regreso, déñle ustedes las medallas a mi mamá.

—Y cuidado con que nadie se entere de

su misión. Este es un secreto que ha de quedar entre los tres.

En aquel instante la bala de un mortero hizo aflojar la barraca, y el ayudante del general voló en cien pedazos por el espacio.



—Este es un secreto que ha de quedar entre los tres.

Viendo Marck que había quedado únicamente con el general, corrigió suavemente:

—Señor, el secreto quedará entre los dos...

Y saltitando militarmente marchó hacia la conquista de la Mina.

Y así fué como dos mensajeros partieron para una misma misión hacia el Oeste, el uno por el Norte, el otro por el Sur.

**

Marck en su avance hacia la Mina cometió la imprudencia de acercarse demasiado a los ejércitos del Norte. Y cayó prisionero de ellos. Y cerca del fuerte Laramie fué detenido en el preciso momento en que quería apoderarse de unos caballos de refresco.

Los soldados le condujeron inmediatamente a la presencia del jefe del fuerte.

—Capitán, hemos capturado a un espía... ¡Queremos que se le fusile!...

—¡Cuélguelo! — respondió el jefe que no entendía de bromas.

Y sin otras explicaciones, Marck fué trasladado ante un muro donde se iba a acabar con su vida sin que le diesen la seguridad de que le harían funerales.

Marck, audaz y decidido, miró al piquete de soldados que iban a fusilarle y exclamó dirigiéndose al jefe:

—¿Quiere usted prestarme un pañuelo? El otro se lo entregó y quiso vendarle los ojos pero Marck, con enorme sangre fría, se quitó el polvo de los zapatos.

—¡Pueden ustedes tirar... cuando gusten! — invitó.

Apuntaron contra él... El jefe dió la orden trágica.

Cerca de Marck había unos platos de porcelana. El espía cogió uno y lo sostuvo ante él, y los soldados, atolondrados, dispararon contra ese blanco... sin que a Marck le ocurriese nada de particular.

Volvieron a disparar... y otro plato roto.

Entonces le ataron para que no se pudiera mover del sitio, pero Marck tuvo la precaución poco antes de poner varios platos bajo su levitón. Y los nuevos disparos chocaron contra este muro de porcelana.

El jefe del pelotón se echaba a todos los demonios. ¿Es que aquel hombre tenía siete vidas como los gatos?

Iba a cometer algún desaguisado, cuando llegóse a él un militar, el capitán Eduardo Logan, que acababa de entrar en el fortín después de largo viaje hacia la Mina de oro.

—Dénme ustedes inmediatamente un caballo fresco — ordenó al oficial.

Pero éste, que de pronto no le conoció, exclamó malhumorado:

—¡No me importa! ¿No ve usted que estamos ocupados?

—Yo soy el capitán Logan... y tengo necesidad de un caballo — rugió el emisario.

—¡Ah, el capitán Logan! ¿Es usted el mensajero de Lincoln?

—El mismo.

—Usted perdone, capitán, todos estamos expuestos a equivocarnos.

Y ordenando se suspendiera la ejecución, gritó a los soldados:

—Vayan a buscarle un caballo al capitán.

Los soldados se dirigieron a la desbandada en busca de una caballería y Marck, viendo que le dejaban solo, optó por el bello procedimiento de la huída.

Uno de los soldados se apoderó de un hermoso animal que estaba allí cerca, pero salió un sujeto grueso, de largos bigotes, a impedirle su bonita hazaña.

Los dos hombres disputaron y mientras tanto llegaron allí el comandante del fuerte y el capitán Logan.

—¡Ay del que se atreva a robarle el caballo a Silas Woodstock! — dijo el de los bigotes — ¡... Sus minutos de vida están contados!

—¡Relámpagos! — Es usted Silas, el propietario de la mina?

—Yo soy... — Y usted quién es y qué quiere? Explicó Logan lo que deseaba el ejército de la Unión, y como Silas era unionista furioso, se dispuso a ofrecerles el oro.

—Vamos a ir juntos a la mina — le dijo — Voy a hacerle a usted regresar tan cargado de oro, que podrán hacer balas de cañón con él...

—¡Marchemos en seguida, Silas!...

Anduvieron un rato hasta llegar junto a una diligencia que debía conducirles a la Mina.

Mientras tanto, el oficial, con el pelotón, volvió de nuevo al muro donde debía ser fusilado el espía del Sur. Este se hallaba allí, junto a la pared, tieso e inmóvil.

Apuntaron contra él, dispararon, pero el hombre no se movió a pesar de que las balas habían rebotado sobre su persona.

Pero ¿qué ocurría? Volvieron a disparar... e idéntico resultado. Desesperado, el oficial fué a ver lo que ocurría... y se halló ante una buena sorpresa... La figura que aparecía en el muro estaba pintada en él, era un admirable dibujo que antes de huir había trazado Marck para burla de sus enemigos.

—¡Ah, el bandido! — gritó el oficial — ¡Si un día lo encontramos... le cortamos la cabeza! — Será el mejor medio de acabar con él!

Pero Marck, listo como una ardilla, estaba ya lejos... Precisamente llegó ante la carroza que iba a Nevada y ocupó un sitio en ella. Allí nadie le conocería con sus ropas de paisano y su aire de mosquita muerta.

En la diligencia se hallaban dos muchachas, una morena y una rubia... llamadas María y Alicia, respectivamente.

Eran hijas de Silas.

Marck las contempló satisfecho, pensando que no era mala compañía para tan pesado viaje.

Llegaron Silas y el capitán Logan y el pri-

mero presentó sus "pimpollos" al militar.

—Preciosas, señor... En nada se parecen a usted — dijo Logan, sonriente.

Contento por el piropo, Silas se acomodó al lado del capitán. Detrás de él, Marck espiaba.

Partió la diligencia y Silas mostró a Logan el plano de la mina de Nevada. Marck escuchaba atentamente y alargaba el cuello por si podía descubrir algo interesante.

Silas le sorprendió en el momento en que Marck tenía los ojos fijos en el plano, y, aunque el espía intentó disimular, el propietario dijo en voz baja a Logan:

—Vayamos arriba, donde podremos hablar libremente...

—Es mejor...

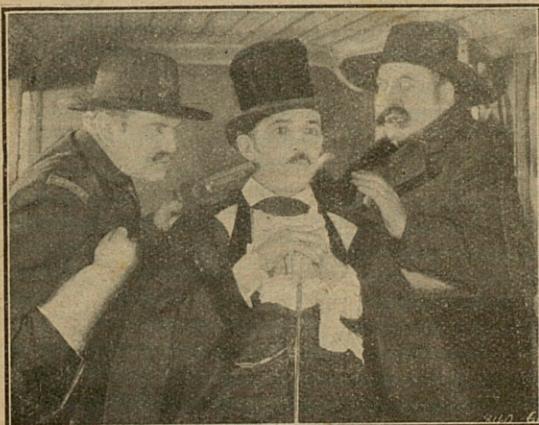
Subieron a la plataforma de la diligencia ocupando unos asientos y gozando al propio tiempo del airecillo y del libre panorama.

Quedaron abajo las dos hermanas y Marck. Pero las muchachas se acomodaron tan rica-mente en los asientos, que el espía tuvo que mantenerse en pie, sufriendo los riesgos de los constantes vaivenes del vehículo. Por fin con una sonrisa insinuante, logró que las jóvenes le hicieran puesto y se sentó entre ellas.

Marck quería entablar conversación con ellas. Lo primero que hizo fué mostrarles unos dados, por si eran aficionadas a jugar. Pero las chicas se negaron, riendo graciosamente...

—¿No les gusta el juego de dados? — exclamó. — Y los juegos de manos?

Y comenzó a efectuar con los dedos y un pañuelo fáciles combinaciones de aficionado de salón. Luego, mirándoles los signos de la mano les dijo, sonriente:



—Vayamos arriba, donde podremos hablar libremente.

—Las dos se casarán con un joven trigueño...

Ninguna contestó a pesar de que le miraban con ojos en los que no había precisamente desdén, y como Marck insistiera para cono-

cer el sonido de sus palabras, la más morena exclamó con arrumacos de gatita:

—No podemos hablar con usted. Todavía no le hemos sido presentadas.

—¡Ah! si sólo es por eso...

Les entregó una tarjeta a cada una... Ellas la cogieron... y la devolvieron furiosas... Pero ¿qué les entregaba aquel muchacho? ¡Dos naipes! Marck avergonzado de su error pidió perdón y les dió dos tarjetas auténticas.

En media hora se hicieron los mejores amigos del mundo. Las dos muchachas suspiraban igualmente por el simpático galán. Y Marck se olvidaba de su condición de espía para no pensar más que en las dos nietecitas de Eva... (no siempre han de ser hijas ¡diablo! ¡Ha pasado ya tanto tiempo!).

De pronto, sonaron unos disparos... y Marck se asustó. Las muchachas miraron por la entreabierta cortina y sonrieron:

—Nada de particular. Es papá que les está tirando a los conejos.

—¡Menos mal! Este país es tan peligroso — exclamó Marck.

Y no se preocupó más de los disparos continuos.

Logan y Silas se entretenían en tirar contra los conejos... Luego siguieron hablando... Y de pronto los dos hombres vieron a un grupo de indios que montados a caballo iban en dirección a la diligencia.

—¡Los pieles rojas! — gritó Silas de mal

humor—. ¡Buena la hemos hecho! Es preciso defenderse, si no queremos que se nos coman en salsa.

Y comenzaron a disparar nuevamente con un fuego graneado contra el enemigo que rodeaba la carroza.



—Es papá que les está tirando a los conejos.

Y dentro, en el mejor de los mundos, las dos muchachas y Marck se entretenían leyendo un libro de aventuras. Volvieron a escuchar tiros, pero una de las chicas, la mayor, les tranquilizó:

—Sigamos leyendo. ¡Es papá que vuelve a tirarles a los conejos!

Y no volvieron a preocuparse de lo que ocurría en el exterior... donde las cosas se presentaban de pronóstico gravísimo.

Una abeja comenzó a picar a María. Marck intentó cazarla, pero el animalillo era listo y desaparecía en el techo para volver luego a posar sus alas sobre la cara de las jóvenes o del propio Marck.

Los indios rodeaban, entretanto, la carroza, disparando flechas contra ella.

Una de las flechas entró en el interior del carroaje dando un formidable pinchazo en la espalda de Marck. Este creyó que se trataba de la abeja y siguió persiguiéndola furioso.

Las flechas continuaban cayendo sobre Marck. Una en el pescuezo... otra más abajo... otra más abajo. Y Marck se exaltaba por instantes pensando en la abeja misteriosa.

Por fin parecieron cesar en su actividad la abeja y las flechas... y Marck prosiguió la lectura de su libro que trataba de fantasmas.

—¡Bah! — comentó Marck, tranquilamente. — ¡Ese libro es una sarta de mentiras! — Yo no creo en fantasmas!

—Pues nosotros una vez vimos uno — exclamaron las dos hermanas.

—Sería de broma...

Los indios habían logrado coger a Silas y amarrarle. Estaban satisfechos al ver la cor-

pulencia de ese hombre. ¡Vaya festín de Pasqua el que se preparaba!

El Capitán Logan con la ayuda de un caballo pudo huir sin que sus enemigos lograran alcanzarle.

Los indios escucharon voces en el interior del carroaje y uno de ellos, de cara horrendamente pintada, abrió las cortinillas y vió lo que pasaba dentro. Marck leía muy entusiasmado el volumen.

El indio sonrió. Y con sus manazas brutales cogió a las dos jóvenes y se las llevó lejos de allí, sin que el espía se diera cuenta de la desaparición.

—¡Pues sí, señoritas! — exclamó Marck. — Ya les he dicho que yo no creo en fantasmas... Todo esto de las apariciones se deja para las viejas.

Volvióse rápidamente al sentirse cogido por unos brazos que le ceñían con cierta brutalidad.

Dió un grito de horror. ¡Zambomba! ¡Un fantasma! Pero, ¿qué era eso? Un indio... y de esos que se comían a los niños crudos...

Cerró los ojos y se dejó conducir al campamento de aquellos salvajes.

Ya en él, un espectáculo horroroso se presentó ante sus ojos. Vió atado al gordo Silas y a su lado a las dos muchachas. Una hoguera encendida calentaba el ambiente... Todo ollía a chamusquina...

—Vamos a tostar a ese gordo — dijo el

que debía ser el jefe indio a quien llamaban "Calabaza" —. En cuanto a ti — añadió dirigiéndose a Marck —, no encontraríamos más que huesos. Mejor es atarte y echarte a los perros después.

Marck se horrorizó viendo al indio que manejaba un afilado puñal y lo clavaba contra el pecho. ¡Pero sí... sí...! Doblóse la hoja de acero sin que el cuerpo de Marck sufriera el menor daño.

—Pero, ¿de qué pasta está hecho ese hombre? ¡Eso es un timo! — gritó el indio.

Y palpando las carnes de aquel sujeto dió con la causa de que el puñal hubiera resbalado. Sacó dos dados...

—¿Tú juegas? — le preguntó a Marck.

—¡Soy un aficionado loco! ¿Quieres probar? — dijo el espía que vió una puerta abierta de salvación.

—¡Veamos!

Se encaminaron a un campo tras un montículo. Media hora estuvieron jugando. Paseado este tiempo Marck volvió a reaparecer con las vestiduras del indio... Le había ganado el dinero, las plumas y las joyas... y, además, la jefatura de la tribu.

El piel roja, que respetaba al azar como si fuese un dios, reunió a todos los componentes indios y les dijo que él había perdido la jefatura y que en adelante la tendría aquel americano que era dueño de hacer lo que le diese la gana.

—Muchas gracias, "Calabaza" — contestó Marck —. Pero te devuelvo generosamente tus prendas y tu mando. Sólo exijo que libertes a esos compañeros.

—¡Son libres desde ahora mismo! — dijo el indio.



—¡Soy un aficionado loco! ¿Quieres probar?

—Gracias, amable "Calabaza" ...
Desataron a Silas...

Marck marchó con él y sus hijas que le mostraron un agradecimiento sin límites. Antes enseñó a los indios algunos pasos nuevos de "charlestón" que los salvajes agradecieron de

buenas maneras... ¡Tenían una danza nueva!
¡Y que ni exprofeso para ellos!

Y los rescatados emprendieron su camino hacia la libertad.

**

En Nevada, la mina de Silas, última esperanza del ejército de la Unión, estaba en plena actividad.

Logan, que había llegado unas horas antes de su aventura con los indios, hablaba con Silas.

El carro que debía transportar los sacos de oro estaba lleno hasta los topes.

—¡Aquí está la relación de nuestro primer embarque de oro! — dijo Logan.

—¡Bien... bien!...

—Supongo que partiremos pronto... ¿verdad?

—Inmediatamente.

Logan se acomodó en el asiento del pasajero junto al cochero. La diligencia emprendió rápida marcha. Pero apenas hubo caminado unos pasos, tuvo que detenerse. El oro caía al suelo... los sacos en que estaba encerrado, se hallaban rotos por el fondo.

El capitán Logan mostró sus indignación ante aquel contratiempo que estaba indudable-

mente hecho para hacerle perder minutos preciosos.

—¡Nada... no hay que desanimarse! — dijo. — ¡Vuelvan a cargar el oro en otros sacos! ¡La salvación de la patria es lo primero!

Silas tenía cierta antipatía al capitán desde la aventura de los indios. ¿Por qué huyó de aquella manera dejándole a él y a sus hijas para que les achicarasen los indios? Suerte de Marck....

En agradecimiento había dado a Marck un alto empleo en la mina, del que el espía se aprovechaba, pues obra de él era el rompimiento de todos los sacos de oro, a fin de poner obstáculos a su marcha.

Mientras cargaban de nuevo los sacos, presentóse Marck a quien el capitán Logan no había tenido aún ocasión de volver a ver.

Al descubrir a aquel hombre allí, sospechó alguna traición. ¿Pues qué? ¿No había estado espiando los planos en el carro?

—¿Qué hace aquí ese individuo? — preguntó a Silas.

—¡Hombre! Me había olvidado de presentarle a mi nuevo administrador.

En aquel instante un minero, un negro que trabajaba en la mina hacía tiempo y que era procedente del Sur, reconoció a Marck como a un oficial de su ejército y se dirigió a él dando muestras de gran alegría:

—¿Cómo está Virginia, mi amo? — dijo ingenuamente.

El negro se refería a la ciudad de Virginia. Viendo Marck que aquel sujeto habíase tirado "una plancha", contestó intentando disimular:

—¿Virginia?... Bien... gracias.

Y volviéndose a Silas y a Logan, explicó:

—Me está preguntando por una antigua novia que se llamaba Virginia.

—Virginia, parece más el nombre de un estado del sur que el de una muchacha — comentó Logan.

—¡Es una apreciación suya!

—¡Y muy justa! ¿Ha oído usted hablar nunca de una muchacha que se llame Massachusetts?

—No me gustan las cosas raras — contestó Marck.

Y apartóse de él saliendo con el minero negro a quien advirtió en voz baja:

—¡Que no se le ocurra volver a mencionar el Sur por aquí! ¡De ahora en adelante soy un esquimal!

—Bien, mi amo, bien. Pero, ¿le gustaría visitar la mina?

—Mucho... vayamos a verla.

Y los dos se metieron en las bocas negras de las galerías.

El capitán Logan comentó, luego, con Silas:

—Silas, me parece que su nuevo administrador es un espía.

—¿Cómo se atreve usted a insultar al que me salvó de servir de merienda a los indios? —

protestó el dueño. En cambio, usted... tomó las de Villadiego.

Y entretanto, Marck visitaba la mina acompañado de su fiel negrito. Vió los magníficos filones de mineral y el negro le dijo señalando uno de ellos:



—Me está preguntando por una antigua novia que se llamaba Virginia.

—Esta es la veta de oro más rica del mundo.

—¡No está mala la veta! El del oro es el único amarillo que me gusta.

Y luego añadió:

—Voy a subir a los mineros hasta el cielo.

Acercándose al cuarto de explosivos echó una cerilla dentro de él. El negrito le miró horrorizado:

—¡Mi amo... mi amo! ¿qué hace usted? Y llamando a todos los compañeros les hizo salir de la mina. Poco después una violenta explosión destruía los filones. Marck pudo salir momentos antes de que todo estallara.

Silas y el capitán Logan contemplaron horrorizados el hundimiento de la mina.

—¡La única esperanza de la Unión ha estallado como una bomba! — exclamó Silas, malhumorado.

—Es verdad — gritó Logan exaltado —, y yo me temo que usted tenga algo que ver con el estallido y nos haya traicionado.

—¡Eso sí que no! ¡Se lo juro!

Apareció en aquel instante Marck, quien muy tranquilo y cordial les dijo:

—¿Ha sucedido algo?

—¡Casi nada! ¡Toda la mina ha volado!

—¡Sí que es desgracia! ¡Adiós ejército de la Unión!

Logan le miraba con prevención. ¡Ah, aquel hombre le inspiraba poca confianza! ¿Tendría algo que ver con lo ocurrido?

El negro, que tenía el alma muy blanca y muy limpia, llegó a Marck y al verle sano y salvo, dijo:

—¡Cuánto me alegro, mi amo, de que lo grase salir de la mina a tiempo!

Marck se vió perdido. ¿Qué decía aquel loco?

—¡Ah! — gritó el capitán —. ¡Ese hombre es un espía! ¡El ha volado la mina! ¡Cogedlo!

—¡Pagará con su vida su conspiración contra la Unión! — dijo Silas.

Pero apareció un capataz, quien, dando muestras de visible alegría, explicó:

—Jefe, la explosión ha abierto una nueva veta de oro de una vara de ancho.

—¿Es posible? Entonces... ¿lo de la explosión? — dijo Silas.

—Lo he combinado yo... para que hubiese más oro — dijo Marck, procurando sacar ventaja de aquella situación inesperada.

Silas le abrazó mostrándose cordialísimo con él. Tuvo Logan que acallar sus sospechas y aun resignóse cuando le dijo el propietario con energía:

—Y usted en lo sucesivo no se meta en nuestros asuntos... Nosotros sacaremos el oro de la mina y usted todo lo que tendrá que hacer es llevarlo a Lincoln.

Y cogiendo del brazo a Marck se marchó con él a preparar la carga del oro en la diligencia.

**

Pocas horas después el carro estaba ya abarrotado de oro hasta los topes. Se había cargado bajo la dirección de Marck y del ne-

gro. El espía esperaba escapar con todo el oro recogido.

—¡Désé prisa, mi amo! — decía el negrito.

—¡Pronto! ¡Vaya a ver que no haya moros en la costa... y emprenderemos la huída!

Marchó el negro y apareció María, la hija morena del señor Silas, quien dijo emocionada:

—¡Oh, Marck! ¡Cuánto he sufrido! ¡Creía que había muerto usted en la explosión!

—Por el momento, no; pero me estoy muriendo por usted — agregó Marck, que en materia de mujeres era de los que... me gustan... todas... me gustan todas en general.

—¿Es verdad que ha sufrido por mí? — dijo María.

—Mucho.

—¡Y yo por usted!...

—¡Qué preciosa y buena es usted, chiquilla! ¿Quiere usted casarse conmigo?

—Tendré que pedírselo a papá.

—Pues vaya pronto, preciosa, a pedir su consentimiento.

Marchó la joven morena y no tardó en presentarse Alicia, la hermana rubia.

—¿De verdad no ha sufrido usted daño, Marck? ¡Si viera cómo he pensado en usted! ¡Le estoy tan agradecida por habernos salvados a todos!

—¿Se ha acordado usted de mí?

—Mucho!

—¡Qué preciosa y buena es usted! ¿Quiere usted casarse conmigo? — añadió él que en

questión de mujeres haría la competencia a un sultán.

—Tendré que pedírselo a papá — repuso ella.

Y Alicia marchó para solicitar de papá la autorización.

Poco después llegaban Silas y el capitán Logan. Este se disponía a marchar cuanto antes con el oro que urgentemente necesitaban los ejércitos de la Unión. Y Marck se hallaba dispuesto a impedir esa marcha, fuera como fuese.

Sonriente, Marck, con una audacia inconcebible, pidió al capitán Logan:

—Antes de marchar con el oro es necesario que nosotros quedemos bien garantizados. ¿Quiere usted hacerme el favor de mostrarme los papeles que acreditan su personalidad?

—Es una impertinencia... pero se los mostraré.

Le dió los documentos, que Marck rápidamente y con toda soltura tiró al suelo, y al recogerlos los cambió por los suyos de oficial del Sur.

—¿Cómo? — rugió — ¡Usted es un espía del Sur! ¡Ah, canalla... bandido!

—Yo? ¡Mentira!...

—¿Negará usted lo que dicen esas credenciales?... ¡Usted es Marck, oficial del Sur! ¡Ah, bandido! — gritó Marck, representando admirablemente la comedia.

El capitán Logan intentó defenderse, pero

Silas y Marck le atajaron. Silas no podía ocultar su indignación.

—¡El maldito espía! ¡Gracias, amigo, gracias! ¡Ha salvado el oro de las garras de nuestros enemigos!



—Antes de marchar con el oro, es necesario que nosotros quedemos bien garantizados.

—¡Esto es una infamia! — protestaba Logan. — ¡Una impostura!

—¡No... no!... ¡Arrestad a ese hombre!

—¿Y usted quién es, mal hombre? — gritó Logan a Marck.

—¡Yo soy el capitán Logan!

—¡Logan! ¡Mentira... mentira! ¡Logan soy yo!...

Silas contempló a Marck con emoción:

—No hay duda que me engaño usted como a un chino — dijo riendo y acariciando su rostro. — ¿Conque usted el capitán Logan?

—Vea mis credenciales.

Y Marck con inconcebible audacia le mostró los documentos que había quitado poco antes al verdadero capitán.

Ordenó Silas que arrestasen al supuesto espía.

Marck le dijo, sonriente:

—Hemos ganado la batalla. ¡Lincoln se pondrá muy contento cuando lo sepa!... ¡Ea, gracias a Dios que al fin voy a partir!

Subió al pescante con la alegría de llevarse lejos todo el oro, mientras el verdadero capitán Logan se entregaba a un acceso de rabia.

—Yo le acompañaré — dijo Silas.

—¡No... no... es muy peligroso! — protestó Marck, enfadado ante la nueva contrariedad que ello suponía.

—Tendré mucho gusto en hacerlo.

Subió al pescante. Y Marck acució a los caballos. Era preciso decidirse pronto. Apenas habían andado unos tres metros, Marck derribó a Silas de la diligencia y emprendió rápida y desenfrenada carrera.

Entonces comprendió Silas toda la verdad.

—¡Oh, qué atroz sospecha! — dijo. — ¡Ese hombre es un espía! — ¡A alcanzarlo!

Habló con el verdadero Logan, y éste se explicó tan sinceramente, que ya no le cupo duda alguna de que el hombre que había huído con la diligencia repleta de oro era un espía del Sur.

Al frente de un numeroso grupo de jinetes partió en su persecución.

Y poco después lograban darle alcance. Sus caballos eran más hábiles y corredores que los de la diligencia.

—¡Bandido... mil veces bandido! — rugía Silas.

Marck sonreía. Perdía la batalla en el momento supremo de triunfar... pero no se desanimaba aún.

Comenzaron a desarmarle quitándole hasta diez revólveres que llevaba escondidos en distintas partes de su vestido, y, de pronto, haciendo un salto prodigioso, consiguió escapar.

—¡Debemos alcanzarle! ¡Ha de pagar su traición con la vida!

Marck corría desesperadamente. Entró en la calle del pueblo donde estaba la mina y logró meterse en una casa. Era la de Silas. Penetró en una habitación de María, la hija morena de Silas, quien le vió con espanto... Pero Marck no tenía tiempo de platicar de amores en aquellos momentos. Saltó por el tejado y siguió a escape.

Finalmente, fué inútil su esfuerzo. Sus enemigos eran muchos más y le dieron caza.

—¡Manos arriba! — le gritó Silas encañonándole un revólver.

El joven hizo lo que le mandaban. En sus labios flotaba una sonrisa de desesperanza. ¡Todo era inútil!

—Vamos a fusilarlo — dijo el capitán Logan—. ¡Ese hombre es un traidor y mientras viva será un peligro para nosotros!

—¡Colgadle en seguida!

Le arrastraron hacia un árbol. Rodearon su cuello con una cuerda que pasaron por las ramas del árbol y se dispusieron a tirar de ella para ahorcarle. Pero en aquel instante una muchacha, María, se presentó ante ellos.

Llevaba un anillo en un dedo. Lo acababa de quitar a una criada negra:

—¡Papá, no puedes colgar a este hombre! ¡Es mi marido! — dijo mostrando la sortija. Silas se estremeció. Pero...

En aquel instante se presentó Alicia:

—¡Papá, papá! — dijo enseñando otra sortija que había tomado a la cocinera—. ¡No puedes colgar a Marck! ¡Ese hombre es mi marido!

Las dos cometían aquella superchería para salvarle.

—¿Qué oigo? ¿Casado con dos mujeres? — rugió Silas—. ¡Ah, no, lo mejor es darle muerte en seguida! ¡Así solucionaremos el conflicto!

Y volvió a tirar de la cuerda, pero Alicia cogiendo una pistola les amenazó con disparar.

—¡Al primero que tire de la cuerda, le mato!

Y Marck, ante aquella ayuda generosa, quitóse el lazo corredizo y escapó en dirección al carroaje.

No fué necesaria su huída. En aquel instante llegó un mensajero participando que habíase terminado la guerra civil y que los ejércitos del Norte y Sur concertaban un armisticio.

El entusiasmo fué general. Y Marck comprendió que no era menester huir con la diligencia, puesto que el oro no era ya necesario.

Efectuada la paz, Silas perdonó a Marck... y el capitán Logan volvióse a su cuartel.

Pero Marck se encontró con un conflicto.

—Os amo a las dos! — decía acariciando a Alicia y a María. — ¿Qué vamos a hacer?

En aquel instante llegó un carroaje descendiendo de él un sujeto de larga barba con una mujer.

Al ver a las dos hermanas dijo sonriente:

—Queriditas, ¿cómo estáis? — Y dónde está vuestro padre? Mirad, os presento a mi esposa Ana.

Las hermanas y Marck saludaron. Pero el hombretón se acercó a la diligencia y dió la mano a otra mujer.

—Mi esposa Gracia — dijo.

Marck le miró con espanto. Diablo, ¿pero aquel hombre tenía dos mujeres?

No acabó aún ahí su sorpresa. El recién venido hizo descender aún a otras señoras.

—Mi esposa Juanita...

—Mi esposa María...

—Mi esposa Elena...

—¿Pero todas son esposas suyas? — preguntó Marck, asombrado.

—¿Por qué no? Soy el feliz marido de diez y nueve bellísimas mujeres.

Se alejó con sus esposas. Y Marck preguntó a María y a Alicia:

—¿Quién es ese pájaro?

—Brigham Young, el mormón más grande de Utah. Ya sabes que los mormones practican la poligamia — respondió María.

—Estupendo! Mirad, niñas. Yo quiero también ser mormón!

Y acarició a las dos mujeres que amaba por igual.

FIN

Próximo número:

La finísima novela

LA FRANCESITA

por Mary Brian, Alice Joyce, Neil Hamilton
y Esther Ralston.

Gran éxito en las selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

EL CAPITAN SORRELL

Estupendo reparto : Una de las películas más bellas presentadas hasta la fecha
Sublime amor de padre.

Recomendamos con gran interés que ninguno de nuestros lectores se quede sin esta maravilla.

GRAN EXITO del tomo 12 de la
Biblioteca NUESTRO CORAZÓN
con la novela cubana

MARIA-LUISA

por Manuel Reinlein Sotomayor

CHANG

es la mejor novela
de aventuras ==

es la mejor novela
de aventuras — —

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Barbará, 16 - BARCELONA
Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID

[B.]

